

EL PESAJ JUDÍO: CENA PASCUAL DE LA LIBERTAD SUS CONNOTACIONES CON LA EUCARISTÍA CRISTIANA

Héctor Muñoz, O.P.

Convento Santo Domingo - Mendoza

El entronque de la Eucaristía cristiana en la Pascua judía, debe retrotraer a quienes creen en Cristo, a la fuente y tradición común, para marcar las semejanzas y las diferencias entre ambas.

El Dios de judíos y cristianos es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Los seguidores de Jesús no deben sentirse desgajados de la gesta del Éxodo, pues allí encontrarán los primeros rasgos de su identidad.

La cena pascual judía, el Pésaj, es la mayor de las celebraciones familiares y litúrgicas de Israel. Es la cena que comió Cristo con sus discípulos, “la noche en que fue entregado”. La Eucaristía cristiana está enraizada en el Pésaj judío. Esto debe alegrar a judíos y cristianos. El judío debe ver en nuestra Eucaristía el fruto de su cena. El cristiano, ya lo dijimos, no puede renegar ni rehuir de sus orígenes, y debe ver en esos orígenes, en germen, lo que hoy vive como cumplimiento de esa profecía.

La religión cristiana, como la judía, es una religión y una fe históricas, que no especula sobre ideas sino que hace memorial de acontecimientos sucedidos en la historia de Cristo y de su Iglesia.

La Pascua judía

¿Cuáles son los orígenes de la Pascua judía? ¿Qué es? Para dar respuesta, debemos remontarnos al Éxodo (12, 1-3. 21-23). A partir del dato de la Escritura, los judíos, año tras año, celebran en sus hogares, como en otros tiempos en tiendas de campaña, una cena familiar cuyo núcleo rememora las maravillas que Dios obró en medio de su pueblo, con ocasión de la partida de Egipto, dejando atrás un largo cautiverio de cuatro siglos.

Así fue su comienzo. Más tarde se cumplió en los santuarios y, a partir del año 622 a. C., en el Templo de Jerusalén, donde se mataba el cordero, se inmolaba en holocausto su parte grasa y se derramaba su sangre al pie del altar.

Hablando en categorías cristianas, vemos en esta celebración un verdadero “sacramento” de los judíos, o sea, un signo de las intervenciones de Dios en la historia de su pueblo, con toda la preocupación de recordar en el presente, lo que aconteció en el pasado: en Egipto y el desierto, en el caso que nos ocupa. Esto, mirando al futuro.

Es una real celebración de comunión con los antepasados que los precedieron en la fe y el peregrinar fiel. Es la fiesta de la libertad, libertad para ayer, para hoy y para mañana, futuro de libertad plena. Al realizar el rito en el Templo, desaparece el hecho de marcar los dinteles de las puertas con sangre y, por el contrario, nace el rito de derramar sangre del cordero al pie del altar (Cf. 2 Crónicas 30, 16). Comienza a acentuarse la dimensión sacrificial de la Pascua, sin menoscabo de la dimensión “cena”. Con el correr del tiempo, dicha cena pudo hacerse en las casas, pero siempre dentro de Jerusalén, ciudad santa, conservándose el Templo para el sacrificio y el holocausto.

El rito, entonces, se desdobra. En el Templo, se inmola el cordero y se derrama su sangre al pie del altar; en los hogares, se asa y come el cordero, en una cena festiva con un contexto fuertemente ritual, con cantos, himnos, bendiciones, predicación a cargo del padre de familia, y con una activa participación de toda la familia, especialmente de los niños.

Con la destrucción del Templo se obra un cambio violento en la liturgia. Desaparecen los sacrificios, sólo posibles en el Templo de Jerusalén, y cobran mayor relieve los elementos de la cena pascual.

Hagadá de Pésaj

Pésaj es la Pascua hebrea de la liberación. En esta fiesta, los judíos conmemoran la liberación de la larga esclavitud de cuatro siglos en Egipto. Por lo tanto, está hondamente enraizada en la espiritualidad del éxodo, “de la servidumbre al servicio”, como bellamente lo expone Georges Auzou en un libro que lleva ese título.

El ritual más característico de esta fiesta que dura ocho días, es la cena. Ya dijimos que no era cualquier comida, sino una cena religiosa, una comida ritual.

Es una cena alegre y festiva. No es imposible que Isaías se haya referido a la misma cuando, al anunciar el castigo a las naciones, dice: “Entonces ustedes cantarán / como en la noche sagrada de la fiesta./ Habrá alegría en los corazones / como cuando se avanza al son de la flauta / para ir a la montaña del Señor, / hacia la roca de Israel” (30, 29).

El canto de los salmos aleluiáticos, Hallel, como parte de la celebración de la cena, manifiesta ese gozo.

Es una cena con pan, vino, cordero, salsas varias, hierbas amargas, lavado de manos, silencio, palabra de Dios y catequesis, bendiciones. Todo en el contexto familiar de un encuentro: la familia y los amigos están reunidos para la alabanza y la acción de gracias. ¿No es algo que podríamos llamar eucaristía, análogamente al Misterio del Cuerpo y la Sangre de Jesús, en la liturgia cristiana?

Hay Hagadá (equivalente a la liturgia de la Palabra en nuestras celebraciones de la Misa) y beraká (acción de gracias expresada con bendiciones, oraciones y doxologías). Los Séder Pésaj son las partes en que se divide la celebración de la cena pascual judía.

¿Cómo se articula la celebración?

Encontramos quince momentos, que iremos analizando someramente. Repito: la pretensión que persigo es mostrar que, si bien Cristo es una novedad absoluta, hay “figuras”, anticipos proféticos que, de algún modo, van modelando la plenitud pascual de Jesús.

¡Comenzamos! La mesa está preparada. Hay cirios encendidos. El padre de familia ha dado una breve explicación de lo que va a suceder (¿no hacen esto nuestros “guías”?) Y se ha bendecido al Señor (con una oración de “bendición ascendente”, en la que bendecimos a Dios por tal o cual motivo). El kaddesh (o kiddush) es la bendición del vino y de la primera copa: “bendito Yahvé, Dios nuestro, que ha creado

el fruto de la vid”. ¿No es algo semejante a las oraciones de presentación del pan y del vino en la misa? “Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan...”.

Se ha bebido la primera copa (habrá cuatro en total) y viene ahora un lavado de manos. Se distribuyen los platos de entrada, después de haberlos bendecido. Lo mismo con las demás hierbas y salsas. No se pronuncia bendición alguna. Es un rito llamado urjatz.

En esta cena peculiar (¿no es también una cena peculiar nuestra eucaristía... ?) Se come lechuga, escarola, perejil, menta, apio y rabanitos..., sin descartar otras posibilidades. Estos son los “platos de entrada” de los que hablábamos antes.

El agua salada en que se mojan las hierbas amargas o picantes, son las lágrimas que el Pueblo de Dios derramó en Egipto. La primavera es tiempo de verdor y crecimiento. La primavera del Pueblo de Dios va unida al sufrimiento vivido durante el exilio y la opresión y su conclusión en el éxodo. Por todo esto, y por los frutos de la tierra, bendecimos a nuestro Dios. Pasó el rito llamado karpas.

Y viene ahora el lajatz. Una bandeja contiene tres panes o un pan grande dividido en tres partes. Este pan ázimo (= sin levadura) se llama matzá. La parte más grande es guardada para comerla al fin de la cena. El que preside (normalmente, el padre de familia), recita el Ha Lajmá, que dice así: “Este es el pan de la aflicción que nuestros padres comieron en el país de Egipto. El que tenga hambre venga a comer con nosotros. Todo el que esté necesitado venga a celebrar la Pascua con nosotros. Este año, aquí. El año próximo en el país de Israel. Este año, esclavos. El año próximo, libres”. Si bien hace referencia al presente de dolor en Egipto, una vez que se celebró la Pascua en tierra de libertad, este momento cobra una fuerte dimensión escatológica. Es un texto esperanzado en la libertad total.

Con el maguid comienza la liturgia pascual, cuyo momento más importante es todo lo ocurrido al Pueblo de Dios en la gesta y aventura del Éxodo. Se llena la segunda copa de vino y da comienzo una catequesis mistagógica a partir de los hechos sucedidos, ahora celebrado simbólicamente, intentando dar una explicación a lo ocurrido en el pasado, basándose en la capacidad de comprensión actual (catequesis integrada a la vida) y en la capacidad que tenemos de lenguaje simbólico. Se penetra en el

misterio y en la voluntad de Dios sobre su pueblo, y se descubre la trama de dicho misterio. Es una verdadera re-lectura de los signos acaecidos a Israel, y real modelo de buena catequesis sobre la base de preguntas y respuestas.

No sabemos si en la actual práctica judía se cumple o no el abrir la puerta de la casa e invitar a los pobres de pan y de espíritu, a compartir la mesa familiar. De cualquier modo, esta invitación que figura en el ritual, antes de recitarse el Ha Lajmá, es sumamente didáctica: el pueblo sabe bien lo que es sufrir destierro, soledad, miseria, abandono y opresión y, por lo tanto, es capaz de comprender a quienes padecen todas esas miserias y carencias.

Antes de comenzar el diálogo entre un niño de la familia y su padre, se cierra la puerta de la casa. A partir de este momento, no se admitirá a los retrasados. Nadie puede ya ingresar a la cena. Y comienza una serie de preguntas y respuestas que darán comienzo a la midrash o catequesis: “¿Por qué esta noche es tan diversa de todas las otras noches? ¿Cuáles son sus diferencias?”. Y el padre da las respuestas, trayendo a colación la Sagrada Escritura.

A esto sigue un extenso diálogo entre el padre de familia y los participantes, sobre los más diversos temas: recuerdo de la esclavitud en Egipto, intervención maravillosa de Dios, vida comunitaria en el desierto, lucha y tentación... Además, se recalca la obligación de narrar la historia de la Pascua. Y aquí tenemos una hermosa lección de “catecismo”, apta para cristianos y judíos de todos los tiempos, por la sana pedagogía que la envuelve y domina: la anámnesis (=el recuerdo/memoria) se actualiza hoy y aquí, en esta celebración.

Sabemos muy bien que toda catequesis pascual debía incluir el suceso de la Pascua vivida en el éxodo (paso de la esclavitud a la libertad). ¿Cómo explicar esto a los menores?

El texto litúrgico nos da cuatro posibilidades que revelan cuatro estados de ánimo y de ciencia acerca de las cosas de Dios, por parte de los niños que hacen las preguntas. El niño sabio y piadoso, el rebelde y sin interés, el simple de espíritu y el que materialmente no sabe qué decir ante la sorpresa de esa fiesta, tan distinta de los días ordinarios. Para todos habrá una respuesta.

Este extenso momento se cerrará con un texto litúrgico tomado de la Mishná. Dice así: “En cada época, cada uno está obligado a considerarse como si él hubiera salido de Egipto. Porque se dice (Ex 13, 8): “Este día tú debes explicarle a tu hijo: con este fin Yahvé ha actuado en favor mío cuando salí de Egipto”. Este como si él hubiera salido de Egipto: es un memorial personal de elevado interés teológico y catequético que muestra un recto sentido de las acciones litúrgicas, no sólo como un “recuerdo” del pasado, sino como un “memorial” de ese pasado, haciéndolo, en el rito, tiempo presente.

Sigue una muy bella oración en forma de himno, que dará pie a la primera parte del Hallel (Sal 113-114,8). Una vez recitado dicho texto, se bebe la segunda copa, llamada “de la redención”.

Después de un nuevo lavado de manos (rajatz), viene la comida central de la Pascua. El pan es uno de los platos principales (Motzi/matza): se bendice, parte y reparte entre los presentes, alabando a un Dios que nos ha santificado. Dimensión descendente y ascendente de la acción litúrgica.

Vendrá una nueva comida de hierbas amargas (maror), pero esta vez mojadas o untadas con jaróset, una especie de pasta o mermelada hecha con manzanas y frutas secas, principalmente.

La matzá más grande había sido sacada hace un rato de la fuente. Ahora se corta la parte central y se le añade algo de hierbas amargas y un trozo de cordero: “...comerán la víctima pascual con pan sin levadura y con hierbas amargas (Núm 9, 11). Este momento (shuljan orej) es propiamente “comida”, sin elementos religiosos que lo ritualicen.

De la mesa se retiran todos los símbolos religiosos destinados al culto. Los tres matzá que estaban en la bandeja antes de la cena, representan a Abraham, Isaac y Jacob, y también a las tres familias del pueblo judío: Cohen, Leví e Israel. La parte de matzá que representa a Leví se guarda para el rito de afikoman, juego para los niños: el padre ha escondido esa porción y debe ser encontrada por los chicos.

Lo más importante del rito que sigue (barej), son las bendiciones para después de las comidas, o Birkat Ha-Mazón. Es un extenso texto de bendición a Dios y acción de gracias por los beneficios recibidos, tantos y tan buenos.

“Bendito sea Dios, nuestro Dios, soberano del universo... te damos gracias, Dios, nuestro Dios”: bendición y acción de gracias. Algo semejante al comienzo de nuestras Plegarias eucarísticas.

Sigue una larga serie de peticiones, por diversos motivos, finalizando este rito con una súplica de bendición para los dueños de casa y todos los presentes, en orden a poder vivir la fidelidad cotidiana haciendo realidad en nuestros tiempos, los méritos de quienes nos precedieron en la fe: “los méritos de los patriarcas y profetas, sabios y seres de fe, cuya labor es nuestra constante inspiración”.

Ahora viene el rito de la tercera copa o “copa de la esperanza mesiánica” o “copa de Elías”, preluando los tiempos mesiánicos. Se llena la copa como conclusión de la tercera bendición del Birkat Ha-Mazón. Se inicia un nuevo diálogo entre el padre de familia y los presentes. La actuación del padre, en este momento, es la de un cronista de acontecimientos, en el que rituales modernos suelen intercalar realidades de la historia contemporánea del pueblo de Israel (p. Ej. El Holocausto, en la Segunda Guerra Mundial).

Se bebe esta copa y se retoma el canto de los salmos de alabanza (Hallel) (Sal 114,9 al 118). Se llena la cuarta copa y se la bebe, significando la confianza en el triunfo de Dios y de su Espíritu, sobre toda violencia y opresión. El judío reafirma aquí la fe en el cumplimiento de las promesas mesiánicas.

Y concluye el Séder Pésaj con un madrigal numérico (Nirtzá), bastante ingenioso, con trece preguntas acerca del significado de los números, del 1 al 13. Es un poema tardío (ss. XVI y XVII), con orígenes en Alemania Medieval, útil para facilitar, de modo especial a los niños, la memorización de realidades de la fe: algo parecido a los antiguos catecismos católicos de preguntas y respuestas, o versificados.

El ritual finaliza con una frase esperanzada: ¡El año próximo, en Jerusalén!

¡El año pasado, el año presente y el año próximo!

Así viven los judíos su tradición de la cena pascual: rememorando tiempos amargos y actualizando y fortaleciendo la fe en las promesas de Dios. Haciendo presente, en los signos santos del Pésaj, la elección de benevolencia de un Dios que no sólo no los dejó abandonados a su suerte, sino que los protegió contra sus enemigos y los llevó a la Tierra Prometida.

Esta cena pascual es la cena del sacrificio y el banquete en que se celebra la Alianza. Es la cena en que, año tras año, los padres van sembrando en sus hijos una fe viva y una amor a la libertad que los sigue aglutinando como pueblo. Es una cena que no sólo mira al pasado, ni siquiera sólo al presente, sino que tiene una mirada lanzada al horizonte escatológico que les permite decir: “El año próximo... ¡en Jerusalén!”.

La Pascua de nuestros padres: fundamento de la Eucaristía de Jesús

Cuando en su última cena, Jesús instituyó una nueva realidad entre los signos de la Iglesia, entroncó su “invento” en lo que nuestros padres en la fe, los judíos, realizaban año tras año, como acontecimiento familiar que rememoraba y actualizaba la gesta del Éxodo y el hecho de tener una tierra propia, conclusión de las promesas de Dios a un pueblo a quien llamó su pueblo.

Ese pueblo en esta gesta, dio un paso grande que marcó su vida: de la esclavitud y la servidumbre, pasó a la libertad y al servicio. Ese “paso”, esa “pascua”, es lo que como comunidad familiar revive el pueblo judío en su Pésaj, comida de los liberados y de los amigos.

En la primera parte de este artículo enumeramos los distintos momentos del rito del Pésaj. Quiero destacar ahora algunos elementos donde poder ahondar una reflexión sobre la espiritualidad del pueblo judío en su liturgia, y de los cristianos acerca de nuestra Pascua, que no rememora ya la aparición del Ángel exterminador, ni la salida de Egipto, ni tampoco el paso del Mar Rojo, el transitar por el desierto ni el ingreso a Canaán, sino la Muerte y la Resurrección de Jesús, su “paso” de la muerte a

la vida, el misterio de iniquidad y gloria de la Cruz y el grito profético del sepulcro vacío, como esperanzado lenguaje de la derrota y cierre de todo cementerio.

Dimensión sacramental

Es interesante ver la dimensión “sacramental” de la Pascua judía, si bien este término está ausente de su lenguaje. El Rabino Moshe Jaim Luzzato, a mediados del siglo XVIII nos dice: “En la noche de Pésaj todo lo que ocurrió en Egipto se renueva y reactiva como experiencia, y esto ayuda a hacer una realidad la redención última”. ¿No podríamos traducir esta afirmación de un maestro judío al lenguaje cristiano, aplicándolo a la Pascua de Cristo Jesús? Diríamos: “En los tres días de la Pascua cristiana (desde el jueves de la entrega al domingo de la Vida, pasando por el viernes de la cruz y el sábado del silencio del sepulcro), Cristo desarrolla su proyecto redentor. Todo lo que ocurrió en esos días se renueva y activa como experiencia (=se actualiza en el hoy de la Iglesia), y esta actualización celebrada sacramentalmente (= “en el misterio”), ayuda a hacer una realidad la redención última (=hace presente, en la esperanza y la profecía el fin de la historia, la conclusión de los tiempos, la victoria definitiva del Reino)”.

Mirada al pasado: Egipto / desierto/ Canaán (// paso de la muerte a la vida de Cristo / buen combate librado por la Iglesia para recibir la corona de la gloria).

En el presente: celebración del Pésaj (//celebración del Triduo pascual, el Domingo y la Eucaristía).

Hacia el futuro: “¡El año próximo, en Jerusalén!”: ¡Leshana habaa Birush-laim!, como aclamaban los judíos con el corazón alegre al final de la cena (// “¡Ven, Señor Jesús!”, Maranatha, como cantamos los cristianos ante la certeza de que el Cordero Pascual reinará para siempre en su trono): la escatología ya es una realidad en nuestra historia, y la Eucaristía es un signo profético del banquete del Reino. Mientras llega ese futuro, lo anticipamos construyéndolo en nuestros días, celebrando los judíos su Pésaj; nosotros, reviviendo la Pascua y obedeciendo al “*Haced esto en*

conmemoración mía”, en la Eucaristía pascual de los cristianos: celebrando el Memorial de la muerte y vida de Cristo, en el signo del pan y el vino.

Signos de la historia

Para que ese pasado sea manifestado en el presente y para que también el futuro se anticipe, los judíos proclaman en su celebración del Pésaj: “Debemos agradecer, alabar, ensalzar, glorificar, exaltar, bendecir, enaltecer y honrar a quien hizo, por nuestros antepasados y por nosotros, todos esos milagros. Nos sacó de la servidumbre a la libertad, de la aflicción a la alegría, del luto a la fiesta, de la oscuridad a la luz resplandeciente y de la esclavitud a la redención”.

También la Pascua cristiana es fiesta de luz, y en la gran vigilia pedimos que la luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu. Damos gracias a Dios por la luz de Cristo, aclamamos y exultamos y la tierra goza inundada de tanta claridad y radiante con el fulgor del Rey eterno, libre de las tinieblas que la cubrían. La Iglesia se alegra al verse revestida de luz tan brillante. Cristo es la luz santa profetizada en la columna de fuego que guiaba al Pueblo de Dios por el desierto, en su cuaresma de tentación y lucha.

Después de este preámbulo introductorio, analicemos algunos datos que nos proporciona el culto judío de Pésaj.

Para el cristiano occidental, conceptualizador nato, de cultura greco-romana, la liturgia judía y también las liturgias cristianas de oriente, como lo proveniente de la cultura semita, nos parecen sobrecargadas y con exceso de elementos que pudieran hacernos perder el hilo principal de la trama. Pero no es así. La liturgia judía rememora una historia, y no quiere que los datos de esa historia queden afuera.

También los cristianos, en nuestras liturgias, rememoramos y actualizamos una historia, aunque a veces, liturgias vaciadas de signos densos y claros, concluyan en celebraciones “de ideas”, más que de “acontecimientos”. Por eso los judíos pondrán en su cena un hueso de cordero (zeroa), porque en tiempos del Templo se ofrecía allí

el cordero cuya sangre marcó los dinteles de las puertas de los israelitas en Egipto, salvándolos del ángel exterminador.

Habrán un huevo (beitzá), recordando a los comensales el huevo cocido que se ofrecía en el Templo durante la fiesta de Pésaj. La imaginación popular descubrió en el huevo que se endurece a medida que cuece, un parecido con el alma del pueblo judío que se fortalece cuanto más sufre.

Ya hablamos de las hierbas amargas como recuerdo y símbolo de las amarguras padecidas en la esclavitud del exilio. También del “postre” de manzanas ralladas, canela, uvas secas o higos, como símbolo de la arcilla usada en los hornos de ladrillos de Egipto. Las verduras recordaban la primavera, símbolo de esperanza y gratitud por la bondad de la tierra, cuando en Israel se celebraba Pésaj. También la primavera marcó la salida de Egipto... Otros signos entrarán en juego, relacionando la bondad de la naturaleza con la bondad de la salvación obrada por Dios. Dijimos que los panes sin levadura, representaban a los tres grandes patriarcas.

Y no faltarán las copas de vino: cuatro en total (Cf. Ex 6, 6-7), señalando las cuatro etapas de la liberación de la esclavitud de Egipto.

Hay una copa, la de Elías, en el medio de la mesa, especialmente separada para simbolizar la quinta expresión de redención del texto bíblico: “Yo los introduciré en la tierra que he jurado dar a Abraham, Isaac y Jacob, y se las daré en herencia, Yo, Dios” (Ex 6, 8). Es un símbolo de esperanza profética del Reino de Dios sobre el mundo. Esta es la tercera copa ritual, consagrada por Jesús, “después de cenar” (Cf. 1 Cor 11, 25).

Las diversas copas

Se recita una plegaria para consagrar o bendecir el vino (kiddush), antes de la cena sabática. El vino no sólo es signo de alegría, sino del Pueblo de Dios, viña del Señor de la que Dios es el Viñador.

Imaginemos la primera copa en alto (copa de la bendición), mientras se canta: “¡Bendito seas, Dios, nuestro Dios, soberano del universo, creador del fruto de la vida!” (Baruj Atá Adonái, Elohinu Melej Haolam, Boré pri hagafen).

¿No está esta oración en la línea de las berakot, de las grandes bendiciones de las que la Eucaristía cristiana es la mayor de ellas? ¿No es lo que el presidente de la celebración eucarística dice cuando presenta el don del vino: “Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre...”?

Los judíos contestarán con una aclamación: “Bendito seas Dios, nuestro Dios, Soberano del universo (...) Bendito seas Dios, nuestro Dios, Soberano del universo que bendices a Israel y las festividades”. Más escuetamente, los católicos respondemos: “¡Bendito seas por siempre, Señor!”.

Vendrá más tarde una segunda copa, la copa del recuerdo o de la redención. Se llenan por segunda vez. Ésta conmemora el “Yo soy Dios. Te liberaré de la esclavitud de los egipcios y te redimiré de mi yugo” (Ex 6, 6). Todos brindan levantando la copa: “Bendito seas Dios, nuestro Dios, soberano del universo, que redimiste a nuestros padres de Egipto, y nos ha dado esta noche en que comemos pan ázimo y hierbas amargas, recuerdo de la salida del cautiverio. Bendito seas, Redentor de Israel”. Y el padre de familia, cantará, una vez más: “Bendito seas Dios, nuestro Dios, Soberano del universo, creador del fruto de la vid”. Y todos beberán, sabiendo que cada generación se beneficia del poder salvador de un Dios que jamás dejó a su pueblo librado a su propia suerte, sino que siempre lo rescató “con brazo poderoso”. Es claro el género de alabanza gozosa que colorea estos momentos.

A esta altura del tema nos vamos dando cuenta de la necesidad que tenemos, en el mundo de los católicos, de aprender a celebrar. Somos muy parcos en signos y en expresividad, en parte por timidez y en parte porque no hemos sido iniciados en el arte de la celebración festivo-litúrgica y del lenguaje simbólico. Nuestra dimensión de homo ludens está apagada. Carecemos de liturgias hogareñas, siendo la familia un santuario doméstico. Casi carecemos de otra expresión cultural pública que la misa, habiendo tantas posibilidades de liturgias en la que el lenguaje simbólico de gestos, palabras y signos pudiera resplandecer.

Estoy convencido del rol de relieve que los catequistas tienen, para iniciar en el arte de la oración comunitaria. De modo particular, esto hay que hacerlo con los niños, los más dispuestos y desinhibidos para gesticular. Los adultos estamos demasia-

do frenados y temerosos de hacer el ridículo si elevamos las manos al orar o si aplaudimos o realizamos algún otro gesto que no esté mandado...

Llegará la tercera copa, llamada de Elías o de la esperanza mesiánica. Se abren las puertas de la casa de par en par, para dar la bienvenida al profeta Elías, mensajero de la paz. Según la tradición, este profeta acompañaría al fin de los tiempos al Mesías y su redención absoluta. Aquí se recordaba a quienes fueron esclavizados por el Faraón y, en tiempos recientes, a las víctimas del Holocausto en manos de los nazis. Después de este recuerdo y habiendo pedido a Dios la inspiración de los mártires, todos cantan Eliahu Hanavi: ¡Elías, el Profeta! ¡Elías Tishbita! ¡Elías Gileadita! ¡Que venga pronto y nos traiga al Mesías, hijo de David!

En la Eucaristía cristiana, sólo se bendice una copa y, siguiendo el relato evangélico y el de Pablo, que nos dicen después de cenar, creemos que esta copa de Elías es la que Cristo entregó como cáliz de la nueva Alianza en su sangre. El mismo Pablo dice: “La copa de bendición que bendecimos ¿no es comunión con la sangre de Cristo? (1 Cor 10, 16). Y lo afirma por la tradición recibida de las Iglesias de Jerusalén, Damasco y Antioquía, con las que estuvo ligado y donde su fe maduró y se confirmó. El Padre Vicente Serrano, del Centro de estudios judeo-cristianos, de Madrid, erudito en estos temas, nos decía, hace tiempo en su libro: *La Pascua de Jesús en su tiempo y en el nuestro*: “Antes de beber esta tercera copa, como en las anteriores, Jesús dijo: -Bendito seas, Adonai, Dios nuestro, Rey del universo, creador del fruto de la vid”. Pero mirándonos y dirigiéndose a todos, continuó: “Bebed de ella todos, pues esto es mi sangre de la nueva Alianza, la derramada en favor de muchos, para el perdón de los pecados” (Mt 26, 27 ss).

Tampoco estas palabras estaban en ninguna tradición. Nadie las recordaba. Habían brotado de los labios de Jesús tan inesperadamente como las que antes había pronunciado sobre el pan.

La alusión y el significado eran obvios, aunque los presentes en aquel momento no hayan comprendido totalmente su sentido: se refirió al sacrificio del cordero, a la sangre derramada o asperjada para sellar una alianza, semejante a lo que sucedió antiguamente cuando se untaron los dinteles de las puertas de los hebreos en Egipto,

para ahuyentar al Destructor, con ese rito de expiación. Jesús se refirió a su propia sangre que iba a derramar; a su sacrificio en la cruz, según Mateo, que recoge la tradición de Marcos. A las anteriores frases sobre la copa de bendición, Jesús añade: “Les digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con ustedes en el Reino de mi Padre” (Mt 26, 29). ¿Se referiría Cristo al vino que, según una tradición rabínica, estaba guardado para la era mesiánica, desde los días de la Creación? No lo sabemos...

La eterna alianza

Después de esta tercera copa, comenzaba el canto de la segunda parte del Hallel (Sal 115-118).

Y llegaba la cuarta copa, llamada “de la eterna alianza de Dios”, y también “copa de la esperanza y de la libertad”, simbolizando el pacto que no tendría fin, entre Dios y su pueblo. El compromiso de justicia para quienes han sido atropellados en sus derechos, y para quienes luchan por su libertad.

Aquí terminaba la cena del Pésaj. Después de esta cuarta copa y del canto de los salmos, terminó la última cena de Jesús con sus discípulos: “Cuando cantaron los salmos, salieron hacia el Monte de los Olivos (Mc 14, 26)”.

“¡El año que viene, en Jerusalén!”, marcará la dimensión escatológica que mira a los últimos tiempos, en esta cena ritual, así como en la Eucaristía decimos a Cristo: “Anunciamos tu muerte, Señor, y proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”. Tanto el Pésaj como la Eucaristía son signos que celebramos mientras el Esposo está ausente.

Algunos paralelismos

Además del pan sin levadura y del vino con un poco de agua, los textos de las Plegarias eucarísticas nos ponen frente al Pésaj que Jesús vivió con sus discípulos. La

presentación de pan y vino adquiere una dimensión sacrificial, en cuanto que son segregados del uso común, y dispuestos para la ofrenda.

Son una alabanza gozosa (*berakah*), una verdadera “bendición ascendente”. ¿Cómo presentamos los católicos el pan y el vino en la misa y cuál es su correlativo en el Pésaj? “Bendito seas, Señor del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Él será para nosotros pan de vida”. “Bendito seas, Adonai, Dios nuestro, Rey del universo, que sacas de la tierra nuestro sustento”.

Y para el vino: “Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Él será para nosotros bebida de salvación”. “Bendito seas, Adonai, Dios nuestro, Rey del universo, creador del fruto de la vid”.

Tanto en el Pésaj como en la Eucaristía, el vino es mezclado con agua. Los judíos, antes de comer el cordero, se lavaban las manos. Los católicos, en la persona de quien preside la celebración, en un rito de purificación interior de quien va a entrar en relación con las cosas santas, también se lavan las manos, diciendo: “Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado”. El ritual judío dirá: “Bendito seas, Adonai, Dios nuestro, Rey del universo, que nos santificaste con tus mandatos y nos ordenaste el lavado de las manos”.

Además, tanto en las anáforas cristianas como en el ritual del Pésaj, se recuerda y actualiza la obra de Jesús y la realidad del Éxodo, respectivamente: “Tanto amaste al mundo, Padre santo, que al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como Salvador a tu único Hijo” (Pleg. Eucarística IV, Prefacio). “En Egipto fuimos esclavos del Faraón, y Adonai, nuestro Dios, nos sacó de allí con mano poderosa y brazo extendido (...) Y clamamos a Adonai y él escuchó nuestra voz y miró nuestra miseria, nuestra pena y nuestra opresión (...) Nos sacó de la servidumbre a la libertad, de la aflicción a la alegría, del luto a la fiesta, de la oscuridad a la luz resplandeciente y de la esclavitud a la redención”.

Tanto la Eucaristía como el Pésaj son memoriales: uno, del Misterio Pascual de Jesucristo; el otro, de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Y estos memoria-

les abarcan pasado, presente y futuro. Se celebran en el contexto de un banquete y de una fiesta. El cordero en el Pésaj (dado que ahora no hay Templo donde sacrificarlo, se lo simboliza con un hueso), y el Pan eucarístico, Cristo, en el Cena del Señor.

La esperanza de nuevas celebraciones (“¡El año próximo, en Jerusalén!” o simplemente, “vayamos en paz”) nos saca de la liturgia y nos lanza a la calle, allí donde se juega la salvación en la vida diaria, ámbito de la redención pascual y de su traducción, con otro libreto, pero con la misma perentoria exigencia.